

amantísima, el homenaje de nuestros corazones que por entero os ofrecemos, suplicándoos que nos alcancéis de vuestro Divino Hijo el perdón de nuestras culpas, que no nos atrevemos á impetrar por nosotros mismos, conociendo nuestra miseria. Alcanzados la divina gracia para practicar las virtudes cristianas, y si los enemigos de nuestra salvacion tratan de perdernos, entonces

Tu poderosa mano

Defiéndanos, Señora,

Y siempre desde ahora

A nuestro lado estés.

¿Qué podrá faltarnos entonces? Nada seguramente, pues con vuestra proteccion, viviremos en rectitud, alcanzaremos la muerte de los justos, y en vuestra compañía tendremos la inestimable dicha de gozar por siempre de la gloria. Amen.

Vos, pues, recordad implorando nuestro auxilio y proteccion, hasta aquí hemos sido cristianos tibios y perezosos, en adelante, y contando con vuestra proteccion, viviremos cual corresponde á profesores de la ley de vuestro divino Hijo, y esperamos con confianza que no nos negareis vuestro auxilio, puesto que

Tambien te presentamos, como mas grates dones, Rendidos corazones Que tú ya los posees, No nos dejes un punto Que el alma porcella, Cual fácil navecilla, Sin tí diere al través, Recibir, pues, desde ahora para siempre.

asapores del mundo. Vuestro auxilio y proteccion, que se trata en la ley de vuestro Hijo, todo revela que no os olvidéis de vuestros deberes, de esos hombres que se llaman desprecuados y cuya desprecuacion consiste en olvidar la religion.

SERMON

Permitidme, pues, que os felicite con toda la estimacion de mi corazón y que el Señor os conceda en el camino recto de la felicidad.

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MEJICO.

La divina Omnipotencia, que vela en favor de los mortales, ha querido que en medio de las tribulaciones, siempre un raro luminoso que nos guía, una estrella brillante á cuyo luz

Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor; y mis flores son frutos de honor y de honestidad.

Eccli. cap. XXIV, v. 23.

con título tan hermoso la salda el Padre San Ber-
Ilustre y venerable hermandad: Justo y razonable es el entusiasmo con que acudís hoy á tributar estos anuales cultos, que por instituto dedicais á la Santísima Virgen ante esta su preciosa imagen de Guadalupe. Ni la impiedad que desgraciadamente viene minando los cimientos de la sociedad, ni el sarcasmo de los mundanos, prontos siempre á hacer objeto de sus burlas á los que asisten á estas prácticas de piedad, ni las calamidades de los presentes tiempos, han podido resfriar en lo mas mínimo vuestra piedad y vuestra fé, así como el entrañable amor que profesais á la Madre de Dios, cuyo auxilio, cuya proteccion y amparo implorais á través de los sin-

sabores del mundo. Vuestra asistencia á esta fiesta religiosa; los sacrificios que haceis para su mayor aparato y suntuosidad; el regocijo de vuestros corazones, que se retrata en la alegría de vuestros rostros, todo revela que no pertenecéis felizmente al número de esos hombres que se llaman despreocupados y cuya despreocupacion consiste en odiar la religion. Permitidme, pues, que os felicite con toda la efusion de mi corazon, y que al dar comienzo á la presente oracion, me congratule con vosotros al veros en el camino recto de la felicidad.

La divina Omnipotencia, que vela en favor de los mortales, ha querido que en medio de las tribulaciones de la vida, tengamos siempre un faro luminoso que nos guie, una estrella brillante á cuya luz podamos resguardarnos de todos los males del mundo: en una palabra, una mano bienhechora dispuesta siempre á favorecernos y á conducirnos por las vias de la rectitud. María es esta estrella de ventura: con título tan hermoso la saluda el Padre San Bernardo, cuya devocion, cuyo entusiasmo por las glorias de la bendita Virgen de Judá, se descubre en sus brillantes y dulcísimos escritos. Y ved aquí, señores, por que están en la verdad, y no temen los peligros del mundo, los que saben acogerse á su proteccion y se hacen dignos de ella por una devocion verdadera.

Deseando corresponder dignamente á la eleccion que de mí habeis hecho, para que os hable de María, registraba las páginas de la Escritura Santa, buscando una frase escogida que pudiera servir de raiz á la cristiana enseñanza que debe envolver mi panegirico de este dia. Pero María, mis señores, se halla

como retratada en todas las páginas de ese libro de oro, pues que ya clara, ya figuradamente, se descubre en todos sus pasajes. Al acaso, pues, he tomado las palabras del Eclesiástico, con las que he abierto el discurso: *Ego quasi vitis fructificavi suavitate odoris, et flores mei fructus honoris et honestatis*. Yo fructifiqué como la vid suavidad de olor, y mis flores son frutos de honor y de honestidad. Estas hermosas palabras, que segun la inteligencia de la Santa Madre Iglesia, se entienden tambien de la Madre de Dios, á quien hoy las aplicamos, nos hacen comprender cuánto podemos esperar de esta Señora. Examinando el origen de la presente festividad; viéndola aparecer á una persona oscura y que los grandes del mundo hubieran despreciado, la veremos fructificar como vid en suavidad de olor, y comprenderemos que solo los limpios de corazon podrán participar de sus hermosas flores, que son de honor y de honestidad.

Para desenvolver estas ideas, impetremos la proteccion del Espíritu Santo, por la mediacion poderosa de esta su castísima Esposa, á la cual para obligarla en cierta manera á nuestro favor, la saludaremos repitiendo las espresiones que en el dia más feliz para la humanidad la dirigiera el celestial Parainfante *Ave María*.

PRIMERA PARTE.

No hay que estrañar, mis señores, el que la Santísima Virgen María se lleve tras sí las admiraciones del mundo, y el que no haya un solo pueblo cristiano

que no cuente maravillas acerca de la proteccion que siempre ha dispensado á cuantos se han hecho dignos de los benéficos efectos de su bondad. María no olvida el nombre del que la invoca; tiene presente al que á ella acude en demanda de remedio para alguna necesidad; y como es Madre, ruega por su Hijo, y este alcanza la gracia, el perdon y la misericordia. ¿Y cómo así? Escuchad ante todo una bellissima figura del Apocalipsis. Habla san Juan para manifestarnos su vision maravillosa, y nos dice: «Vid la ciudad Santa, la nueva Jerusalem, adornada como una esposa para recibir al esposo, y oí una gran voz que salia del trono y que decia: Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos, y la muerte no será ya mas, y no habrá mas llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron; y dijo el que estaba sentado en el trono: Hé aquí, yo hago nuevas todas las cosas (1).» Si bien, señores, el sentido propio de estas palabras se refiere á la gloria del cielo, tambien encuentran en ella los Padres y Teólogos la idea de María, verdadero Tabernáculo de la Divinidad, Templo de la Trinidad beatísima, Casa de Dios y Puerta del cielo. Dios Padre ha querido comunicarse al hombre por Jesucristo, y á este modo, Jesucristo ha querido comunicárenos por María. Por esto dijo el Salvador: «Ninguno llega al Padre sino por mí: y San Bernardo pronuncia estas dulcísimas palabras: *Ad Jesum per Mariam*. A Jesus se llega por María. Ya podeis comprender, mis hermanos, la sábia economía de la Providencia en este punto y el por qué de los grandes prodigios que ha hecho la Omnipoten-

(1) Apoc. cap. XXI.

cia para asegurar á los hombres la proteccion de la Santísima Virgen.

No ha habido provincia alguna entre las que componen el mundo cristiano, que no haya recibido pruebas inequívocas del patrocinio y del amparo de María. Pero España, nuestra amada patria, las ha recibido tan continuas, que bien puede gloriarse llamándose heredad predilecta de María. Su aparicion en carne mortal á Santiago á las orillas del Ebro; su descension á la catedral de Toledo, para regalar á su siervo San Ildefonso aquella magnífica casulla tegida en el cielo, y su otro descenso á Barcelona para fundar el sagrado orden de la Merced, son pruebas bien auténticas de la verdad que acabo de proponer.

¿Y creéis por ventura, que se ha contentado la Reina de los cielos en dar estas pruebas de su proteccion á los españoles tan solamente dentro de su territorio? No: ella les ha acompañado y protegido en sus grandes empresas aun fuera de la nacion, cuando el espíritu religioso y el deseo de estender el reino de Jesucristo, los ha llevado al otro lado de los mares. Sin recurrir á otras mil pruebas que nos seria fácil presentar, bástenos examinar el origen de esta festividad y fijar nuestra consideracion en la Aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. Este hecho admirable, habla á nuestro corazon con mas elocuencia que puede hacerlo toda la sabiduría humana.

Apenas el denodado Hernan Cortés conquistó el imperio de Méjico, añadiendo este nuevo florón á la corona del rey católico, empezó á predicarse la religion de Jesucristo en aquellos vastos dominios. Multitud de sacerdotes españoles, acudieron presurosos á alumbrar con la luz de la fé á aquellos hermanos que de ella

carecian. No fueron infructuosas sus apostólicas tareas, y en poco tiempo se construyeron templos y erigieron altares al verdadero Dios, sobre las ruinas de los antiguos templos de los ídolos. Apenas se contaban diez años despues de la conquista, cuando la Santísima Virgen determinó aparecerse, no á un alto personaje, sino á un pobre indio para manifestarle su voluntad de que le fuese erigido un templo, para hacer de él teatro de sus misericordias. No hay que estrañar, señores, que comision de tal tamaño fuese encomendada á un hombre de condicion tan humilde, pues que Dios cuando es su voluntad soberana, se sirve de las cosas flacas y al parecer ruines del mundo para confundir las fuertes: *Et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* (1).

Era un sábado, á 9 de Diciembre de 1531. Un indio llamado Juan Diego, recogido, humilde y muy devoto de la Santísima Virgen, salió muy de mañana del pueblo de Quatitlan para pasar al templo de Santiago á oír la misa que se cantaba á la Virgen. Dichoso mortal cuya devocion por ser cordial, habia sido aceptada por la Madre de Dios! Ignoraba de todo punto el favor singular y estraordinario que iba á recibir! Despuntaba apenas el alba, cuando llegó al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, y en cuya cumbre oyó una música suavísima que resonaba en bellos y armoniosos coros. Como es natural, llenóse de sobresalto, y mirando á lo alto del cerrillo, descubrió una nube muy alta y resplandeciente, y en el contorno de ella un cerco hermoso de varios colores, muy parecidos al iris, el cual se formaba de

(1) I ad Cor. cap. I, v. 27.

los rayos de la luz que salian del centro de la nube, donde percibia una claridad admirable. No se intimidó por esto el indio: antes por el contrario, cayó en una especie de arrobamiento, semejante á aquellos con que suele Dios favorecer á las criaturas muy espirituales y que han llegado á la perfeccion.

Todo esto, señores, era como el preludio de un milagro de misericordia. Dios, dice el Padre San Bernardo, que no quiso comunicársenos en su venida sino por medio de María, quiere que por María recibamos tambien todas sus gracias (1). Propónese ahora favorecer á los habitantes de Méjico, y no se presenta sobre un monte como en otro tiempo para entregar á Moisés las tablas de la ley: quiere si comisionar á María y que el mundo se persuada de que ella es el acueducto de las divinas piedades.

En efecto; el indio Juan Diego, que dudaba en su imaginacion si habia sido arrancado de la tierra y conducido al cielo, oyó llamarse por su propio nombre. En el momento subió á lo alto del cerro y vió en medio de la claridad á una hermosísima Señora. Era la Madre de Dios, á la cual se acercó el indio y oyó de sus purísimos lábios estas palabras: *Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeño y delicado, ¿á dónde vas? A cuyas palabras contestó el indio: Voy, noble dueña y Señora mia, á Méjico y al barrio de Tlatelulco á oír la misa que nos dicen los ministros de Dios.* Entonces la augustísima Señora, le declaró que ella era la Madre de Dios, y que era su voluntad que en aquel mismo sitio le fuese edificado un templo, donde habia determinado mostrar

(1) S. Bern., Sermon. 3 in Vig. Nativ. Dom.